

CAPITULO V.

CONTINUACION DE LAS CONSIDERACIONES SOBRE EL SEGUNDO
SISTEMA DE INDIFERENCIA, Y REFLEXIONES SOBRE
LA RELIGION NATURAL.

La sola dificultad que se presenta al combatir las doctrinas filosóficas, es el reducirlas á máximas fijas y precisas. En logrando esto, todo está hecho; en sí mismas se halla su mas fuerte refutación. No es el error embarazoso, sino cuando

tomando mil formas diferentes, y por su móvil inconsecuencia huyéndose del espíritu que quiere apoderarse de él, se sustrae al alcance del raciocinio, por sus muchas variaciones. Este es el grande arte de Rousseau, y su método constante. Demasiado penetrante para engañarse cuanto á los vicios de su sistema, observando á cada paso las objeciones, que contra él se presentan de tropel, intenta prevenirlas ó eludirlas, ya por discursos ambiguos, ya por concesiones formales que muy luego tácitamente revoca; y, seguro de engañar, auxiliado de una dialéctica flexible y con un tono apasionado, al lector desprevenido, muda sin cesar de principios y de cuestion; pasa con destreza, segun se requiere, de una hipótesi á otra; establece una suposicion, y luego la deja, para volver despues á ella, y abandonarla otra vez; entremezcla con artificio el error con la verdad; ofrece á sus contrarios argumentos ridiculos y sentimientos que desechan, para reservarse un triunfo brillante; acalora, deslumbra, fascina por medio de sus frases, siempre que no le es posible convencer por pruebas; y llega de este modo, á formar una ilusion, que él

mismo no tiene. Jamás otro alguno hizo mejor uso de las palabras. Parece que tiene gusto particular en recoger visiones, largo tiempo abandonadas al olvido; sin servirse apénas de un pensamiento suyo, parece gusta de sorprender al entendimiento, ofreciéndole estas visiones, hermoeadas con gracia, y propuestas con una verbosidad encantadora. Tal es el hechizo de su estilo, que se apodera de los sentidos, como si fuera la mas dulce y suave melodía: el alma queda enervada con estas máximas seductoras de una filosofía, que promete al orgullo una lisongera superioridad de luces y la independencía del pensamiento, pero que no produce realmente mas que la esclavitud de la razon, y la muerte del entendimiento.

La causa principal de las contradicciones, que nos han admirado en Rousseau, procede de que convencido él de la destruccion de la sociedad, una vez destruidas las religiones positivas, se ve obligado por sus mismos principios á desecharlas como falsas, y por lo mismo nocivas. « Con sus « revelaciones, » habla él mismo, « no hacen « mas que envilecer á Dios, atribuyéndole las

« pasiones humanas. Lejos de poner en claro las « nociones del gran Ser, veo que las complican los « dogmas particulares; que lejos de ennoblecerlas, « las envilecen; que á los incomprensibles miste- « rios que le cercan, añaden absurdas contradic- « ciones; que hacen soberbio, intolerante, cruel « al hombre; que en vez de cimentar la paz en « la tierra, la talan á hierro y fuego. Me pro- « pongo la cuestion, para que sirva todo esto, « y no sé que respuesta dar. Solo veo los delitos « de los hombres, y las miserias del linage hu- « mano . »

Fundándose estrictamente en lo contenido en esta pintura, hubiera sido muy difícil el que se formase cada hombre una *obligacion, en amar y seguir la religion de su pais*, es decir: en creer *contradicciones absurdas*, en ser *soberbio intolerante, cruel*, en *seguir y amar doctrinas*, que en lugar de *cimentar la paz en la tierra, la talan á hierro y fuego*, y en las que por fin Rousseau *no ve mas que los delitos de los hombres y las miserias del linage humano*. Por otra parte conocia muy

Emilie, lib. IV.

bien , que proscribiendo todos los cultos , cuyo retrato poco agradable traza, se aniquilaría toda religion entre los hombres, cuando reconoce , segun su sistema, serles absolutamente necesaria una Religion. No teniendo, por consecuencia, otro remedio que elegir entre las contradicciones , prefirió prudentemente la que le era útil por el momento, y dejando de representar como falsas y nocivas las religiones positivas, las declara todas igualmente *saludables*, ó igualmente verdaderas. La *obligacion de profesar sinceramente* aquella en que se ha nacido, se deducia fácilmente de lo anterior; y esto era todo lo que á Juan Jacobo le hacia falta por el pronto.

Con todo, no se piense que por esto abandona sus máximas primeras. No; el renunciarlas sería admitir la revelacion que él impugna. Establece principios cuando los necesita, los deja cuando no tiene que hacer con ellos, y reproduce con gravedad sus asertos precedentes.

Con arreglo á esto, despues de haber avanzado á decir, que *un hijo nunca hace mal en seguir la religion de su padre*, añade « ¿ Indagamos sinceramente la verdad? pues no atribuya-

« mos nada al derecho del nacimiento, ni á la
« autoridad de nuestros padres y pastores; em-
« pero acrisolemos al examen de la conciencia, y
« de la razon todo cuanto desde nuestra niñez
« nos enseñaron » de donde resulta, ó que Juan Jacobo se contradice claramente, ó que un *hijo jamás hace mal en no indagar sinceramente la verdad.*

Despues de promulgar, exponer el precepto *de amar y seguir la religion de su pais*, nos dice con la mayor serenidad: « Si no queremos ce-
« der ni á la autoridad de los hombres, ni á las
« preocupaciones del pais donde hemos nacido,
« las meras luces de la razon no pueden en la
« institucion de la naturaleza llevarnos mas ade-
« lante que la Religion natural » ; No es un modo particular de corroborar el precepto de que se trata, el enseñarnos que no hay alguna especie de fundamento en la razon!

Rousseau habia ya establecido expresamente esta proposicion, al principio de la segunda parte

¹ *Emilio*, lib. IV.

² *Ibid.*

de la Profesion de Fe « En mi exposicion solo la
 « Religion natural habeis visto : ; *cosa extraña es*
 « *que sea necesaria otra!* ; Por donde he de venir
 « yo en conocimiento de esta necesidad? ; Cuál
 « puede ser mi culpa en servir á Dios segun las
 « luces que á mi entendimiento ha dado, y se-
 « gun los afectos que á mi corazon inspira? ; Qué
 « pureza de moral, qué dogma provechoso para
 « el hombre y que á su autor honre, puedo
 « yo sacar de una doctrina positiva, que no pu-
 « diera sin ella sacar del buen uso de mis facul-
 « tades? Mostradme lo que añadir podamos,
 « para gloria de Dios, para bien de la sociedad, y
 « para mi utilidad propia, á las obligaciones de
 « la ley natural, y qué virtud derivaréis de un
 « culto nuevo, que del mio no sea consecuencia.
 « Por la razon sola adquirimos las mas altas
 « ideas de la Divinidad. Mirad el espectáculo de
 « la naturaleza, escuchad la voz interior : ; no lo
 « ha dicho Dios todo á nuestros ojos, á nuestra
 « conciencia, á nuestro juicio? ; Qué mas nos
 « han de decir los hombres?

« Era necesario un culto *uniforme*; sea en
 « buena hora ; ; empero tan importante era este

« punto, que fuese preciso todo el aparato de la
 « potencia divina, para establecerle? No confun-
 « damos con la Religion el ceremonial de la Re-
 « ligion. El culto que pide Dios es el del cora-
 « zon ; y este, cuando es sincero siempre es uni-
 « forme. Vanidad muy loca es figurarse que
 « tanto interes tome Dios en la forma del vestido
 « del sacerdote, en el orden de las palabras que
 « pronuncia, en los ademanes que en el altar
 « hace y en todas sus genuflexiones. He, amigo
 « mio, empinate lo mas que puedas, siempre te
 « quedarás al ras de la tierra. Dios quiere ser
 « adorado en espíritu y en verdad: esta es la
 « obligacion de todas las religiones, de todos los
 « paises y de todos los hombres. En cuanto al
 « culto exterior si debe ser uniforme para el
 « buen orden, ese es mero asunto de policia, y
 « no se necesita para eso revelacion' . »

Partiendo de estos principios, y siguiéndolos
 hasta el fin, se llega á un resultado contrario á
 las conclusiones de Rousseau; pero siendo, co-
 mo ya lo he mostrado, contradictorias estas con-

clusiones en sus términos, sus discípulos se ven forzosamente precisados á caer en el sistema puro y simple de la Religion natural; es decir, que mirando todas las religiones positivas, como inútiles, absurdas, funestas, las desechan todas sin distincion, y se juzgan dispensados de practicar alguna.

Es verdad, que Juan Jacobo distingue el *ceremonial*, de la Religion misma; mira el culto exterior como un *mero asunto de policia*, y esto en el caso en que *él debe ser uniforme*; lo que por fin no decide, pareciéndole bien conformarse con *él para el buen orden*. Mas esta condescendencia es abiertamente ilusoria; porque en toda religion, el culto unido intimamente al dogma, no es, por decirlo así, mas que la expresion del mismo, de modo que no se puede, obrando racionalmente, negar el uno y practicar el otro.

Así es, que en la Religion católica el sacrificio de la misa supone la presencia real de Jesucristo, su divinidad, etc. La confesion supone en los sacerdotes el poder de liar y desliar, y lo mismo en los otros sacramentos. Para practicar un culto tal, es necesario ser, ó católico de buena

fe, ó el mas vil de los hipócritas y el mas cobarde de los impostores: no se da medio. Muy bien, Rousseau no dirá seguramente que la mentira, la impostura, la hipocresía son compatibles con la sana moral. Además que si lo dijera, no sería menor el embarazo, porque el filósofo que se mostrara exteriormente católico contra su conciencia, contribuyendo por su ejemplo á conservar y á propagar unos dogmas, que, segun Rousseau, *hacen al hombre soberbio, intolerante, cruel, y que talan á la tierra á hierro y fuego*, cometería uno de los mayores crímenes que la justicia de Dios pudiera castigar.

Para extraviar al lector, finge Rousseau confundir el culto con lo que no es mas que un leve accesorio suyo, *la forma del vestido del sacerdote, sus ademanes, sus genuflexiones*. Pero esta equivocacion voluntaria prueba solo, que él previó la objecion, y que le ha parecido mejor hacerla cambiar de naturaleza, que responder á ella,

Despojado su sistema de las contradicciones heterogéneas de que abunda, no es mas que el Deísmo puro, especie de secta abortada por el socinianismo, hácia el principio del siglo diez y

seis. Testigo de los rápidos progresos de la licencia de pensar entre los protestantes, Melancton, preveía con espanto los mayores desastres, y que ninguna verdad, ningun dogma podría contener á los novadores¹. Lutero habia dado el impulso fatal; el entendimiento humano, para decirlo así, se habia precipitado; nada podía ya en adelante ni detener ni moderar su caída; era preciso que fuese siempre de caída en caída hasta que llegara al fondo del abismo. Aunque el calvinista Viret es el primero que menciona á ciertos sectarios con el nombre de *Deistas*² en una obra publicada en 1565, remonta su origen á una época mas lejana, y se ve en los escritos de los fundadores del protestantismo, y sobre todo en sus cartas confidenciales, que la reforma se sentía desde entonces interiormente afectada de yo no sé qué enfermedad terrible, que á ella misma atemorizaba. Tristes presentimientos agitaban á sus gefes, quienes descubrian únicamente en el porvenir *horrorosos combates* de opi-

¹ Lib. IV, Epist. 14.

² Véase *Dictionnaire de Bayle*, art. *Viret*.

niones, y *guerras mas crueles que las de los Centauros*. ¡ *Buen Dios!* exclamaba uno de ellos, ¡ *qué tragedia verá la posteridad!* ¡ Cundia sin embargo el contagio de unos en otros, la *santa libertad evangélica* disponia infatigable la destruccion del evangelio; porque la libertad era entonces el grito de reunion de los sectarios, como lo ha sido despues de los facciosos, y la *libertad de obrar* que ha trastornado el orden político, no era mas que una consecuencia de la *libertad de pensar* que habia trastornado el orden religioso.

Un siglo despues de Socino, el veneno del deísmo circulaba en todas las venas de la Reforma, y sus rígidos teólogos, ya poco numerosos en esta época, no hablaban sino de los espantosos progresos de la indiferencia de religiones en su seno. Pero deploraban el mal, y no podian aplicarle remedio; el árbol produjo su fruto, y aunque parecia cada vez mas amargo y peligroso; cómo se le podia impedir el nacer y madurar, conservando con gusto el árbol mismo que no podia menos de producirle por necesidad.

¹ *Historia de las Variac.*, lib. V, nº 51.

Así la Inglaterra y la Holanda, receptáculos impuros donde fermentaban las heces de las sectas que abortaba sin cesar el ardor de innovar, se poblaron de una nueva especie de hombres, que, con el nombre de *tolerantes*, de *pensadores libres* minaban todos los cimientos de la sociedad, y todos los fundamentos del Cristianismo. Contenidos por el temor de las leyes en Francia, donde se apellidaban *espíritus fuertes*, se multiplicaron en ella lentamente, y se circundaron de tinieblas espesas, en tanto que vivió Luis XIV. Si un ruido sordo de impiedad venia de tiempo en tiempo á herir los oídos atentos de Bossuet, é indignar su alma grande, este ruido no era todavía por decirlo así, mas que soterráneo; y se sustraía la temerosa incredulidad á la vigilancia de los obispos y magistrados, custodios de las doctrinas sanas. Fué este siglo para la Francia el siglo de gloria y de Religion. En tiempo de la Regencia se deja ver un período muy diferente. Las conocidas costumbres y opiniones de Felipe habian prometido muy temprano á los espíritus fuertes un protector digno de ellos en la persona de este regente. Apenas se apoderó el vicio

del poder, cuando ya conocieron ellos que iban á reinar. El ejemplo del príncipe, la vanidad, el atractivo del libertinaje, engrosaron sus filas con una multitud de prosélitos, procedentes en su mayor parte de las altas clases de la sociedad. Creció su audacia por el éxito, traspasando los últimos límites; atacaron de frente todas las creencias y todas las instituciones religiosas. Toussaint dió la señal con su libro *Des Mœurs**, que sublevó contra él toda la Francia cristiana. Pero mayores escándalos hicieron olvidar bien pronto este primer escándalo. Un hombre de entendimiento inmenso pero depravado, se persuadió que no sería perfecta su fama, en tanto que le quedase á Jesucristo un solo adorador. La imponderable actividad de este hombre, sus raros talentos, su odio irreconciliable á la Religion, todo concurrió á colocarle á la cabeza del partido filosófico, á cuya extension y firmeza contribuyó, mas que otro alguno. La multitud se apresuró á ponerse al rededor de su gloria, y se urdió públicamente una conjuracion terrible

* De las costumbres.

contra el Cristianismo, aunque se mantenía en secreto desde mucho tiempo antes, según el relato de Jurieu, quien nos dice, que muchos de los ministros refugiados en la Holanda, después de la revocación del edicto de Nantes, eran de estos indiferentes ocultos, que « formaban en las iglesias reformadas de Francia, desde algunos años, *este desdichado partido, donde se formaba conjuración contra el Cristianismo* ». El testimonio no es sospechoso, y sabemos entre tanto á que escuela pertenecían los primeros autores de la guerra contra la Religión revelada.

Esta escuela no ha cesado de prestar auxiliares á la misma causa. Bayle era protestante, Rousseau, nacido protestante, no ha hecho más que desenvolver los principios de los protestantes; los deístas ingleses, de quienes Voltaire y sus discípulos han tomado casi toda su ciencia anticristiana, eran protestantes, y protestantes más consecuentes que los otros, como lo probaremos. Comenzóse pues desde luego por reformar

Tableau du Socinianisme, let. 1.

ó abolir ciertos dogmas, y se acabó por la reforma de todos, incluso el de la revelación. Entonces fué cuando los filósofos modernos se sirvieron del protestantismo; y, siempre reformando, vinieron también á reformar á Dios mismo, y á querer realizar la monstruosa ficción de un pueblo ateo, inventada por Bayle, y tan estimada por Diderot y por todos los sabios de su escuela. Puede cualquiera convencerse de que la impiedad, tan humana y tan dulce en las palabras, sabe valerse en los casos de necesidad del hacha del verdugo, también como de la pluma del sofista.

Durante los primeros años que siguieron á esta época sangrienta, la filosofía descendida apenas de los cadalsos donde ella tenía sus tribunales, y todavía, si me atrevo á decirlo, respirando solo muertes, vino á ser un asqueroso y fanático ateísmo. Mas con todo, poco á poco se acostumbró á escuchar sin estremecerse el nombre de Dios. Robespierre había dado el ejemplo de tolerar al Ser supremo y la inmortalidad del alma, y se juzgó con sensatez que nadie tenía derecho para mostrarse menos tolerante que Robespierre.

En el día de hoy se inclina la opinion á la indiferencia universal. La protejen los gobiernos con todo su poder, y ¡cosa inaudita! se esfuerzan por arrastrar el Cristianismo á este sistema; nuevo género de persecucion cuyos efectos estamos muy distantes de conocer. El tiempo los descubrirá, y al decidir de la suerte de las doctrinas sociales, lo hará tambien sobre la de la sociedad y de la existencia del linage humano. Volvamos á la discusion.

La soberanía de la razon humana en materia de fe, dogma fundamental del protestantismo, así como del deísmo, tiene por distintivo la exclusion absoluta de toda revelacion.

El deísmo, dice un autor inglés, « no es otra cosa que la Religion esencial al hombre, la verdadera Religion de la naturaleza y de la razon ». Rousseau tiene el mismo language: « Por la razon sola adquirimos las mas altas ideas de la Divinidad. Mirad el espectáculo de la naturaleza, escuchad la voz interior: ¿no lo ha dicho Dios todo á nuestros ojos, á nuestra

¹ *Deism fairly stated, and fully vindicated*, pag. 5.

« conciencia, á nuestro juicio? ¿Qué mas nos han de decir los hombres? *Con sus revelaciones no hacen mas que envilecer á Dios*, atribuyéndole las pasiones humanas ».

Falta entre tanto saber, en qué consiste esta Religion de la naturaleza y de la razon, esta Religion esencial al hombre, y con la que el hombre, no obstante, nunca ha podido contentarse; porque es un hecho notable no haber existido en ningun tiempo algun pueblo deísta, que todos han tenido religiones que se creian reveladas, religiones por consecuencia opuestas á la razon y á la naturaleza; lo que no impidió á Rousseau el imponer á los hombres la obligacion de seguirlas y amarlas. No importa, pasemos por este juicioso precepto, olvidémosle á ejemplo de los discípulos de Juan Jacobo. Toda Religion se compone esencialmente de dogmas, de culto y de moral. Examinemos la Religion natural bajo este triple aspecto.

Primeramente, cuanto á los dogmas, parece conceder á cada uno la Religion de la naturaleza su

Emilio, lib. IV.

plena y entera libertad de eleccion; y bien pronto verémos, que esto no puede ser de otro modo. Tantos deistas, otros tantos símbolos. El de lord Cherbury, patriarca de los deistas ingleses se reduce á cinco artículos: 1º Que hay un Ser supremo. 2º Que debemos tributarle un culto. 3º Que la piedad y la virtud forman la parte principal de este culto. 4º Que debemos arrepentirnos de nuestras culpas, y que en este caso Dios nos las perdonará. 5º Que los buenos serán premiados y los malos castigados en una vida futura¹.

Podriáanse pedir á lord Cherbury mil explicaciones sobre este símbolo. ¿Qué entiende él por piedad? ¿Qué entiende él por virtud? ¿Cómo sabe él con certeza que Dios perdonará al arrepentido? Asegura, que la Religion cristiana es muy indulgente en este punto². Conoce á lo justo la medida precisa del arrepentimiento que merece el perdon: como si un sentimiento cualquiera tuviera una medida facil de apreciarse.

¹ *De Religione gentilium.*

² *Appendix ad op. de Relig. laici*, quest. 6.

Así es que no procura fijarla, y deja al hombre en la ignorancia mas terrible, en que una criatura racional y débil puede hallarse.

¿Parece insuficiente el símbolo anterior? Blount ofrece otro con siete artículos: 1º Hay un Dios eterno, infinito, criador de todas las cosas. 2º Que este Dios gobierna el mundo por su providencia. 3º Que es un deber nuestro el darle un culto como á nuestro criador y á nuestro dueño. 4º Que este culto consiste en la oracion y en las alabanzas. 5º Que el obedecer á Dios es conformarse con las reglas de la recta razon, por la práctica de las virtudes morales. 6º Que debemos esperar en una vida futura penas y premios, segun que hayamos obrado en esta vida, lo que incluye la inmortalidad del alma. 7º Que cuando nos hayamos separado de las reglas del deber, debemos arrepentirnos, y confiarnos cuanto al perdon en la misericordia de Dios¹.

La razon de Blount, por lo que se ve, es un poco mas exigente que la razon de lord Cherbury, en materia de fe. Este no admite expresa-

¹ *The Oracles of Reason*, pag. 197.

mente la inmortalidad del alma en el símbolo; tal vez será por olvido: no siempre se puede pensar en todo.

Cuanto á lo demas, Blount arguyendo contra la revelacion, escribia á Sydenham: « En nuestro viage hácia el otro mundo, el camino comun es, sin duda, el mas seguro, y aunque el deísmo sea una buena preparacion para la conciencia, si en él se le siembra el Cristianismo, producirá ella una cosecha mas abundante¹. »

Bolingbroke, poco satisfecho de los símbolos de sus predecesores, ensanchó de un modo extraordinario el camino de la Religion natural: niega que Dios pueda ser ofendido por el hombre, y ataca en consecuencia la doctrina de las penas y premios del porvenir². Todo se perfecciona con el tiempo.

Si el alma es inmaterial ó material, si es distinta del cuerpo, y si siéndolo, es perecedera como el cuerpo, ó si debe sobrevivirle: Chubb

¹ *The Oracles of Reason*, pag. 91.

² *Bolingbroke's works*, vol. V. pag. 209, 356, 495, 498, 508, 510.

no decide estas cuestiones; porque él no halla nada, sobre que poder fundar la decision¹. Sin embargo parece inclinarse fuertemente al materialismo², y aun suponiendo que haya premios y castigos, cosa muy dudosa á su parecer, la masa del género humano no tiene porque inquietarse mucho; pues estas recompensas y estos castigos no serán sino para los hombres cuyas acciones hayan influido poderosamente en la felicidad ó desgracia del género humano. Los demas nada tienen que esperar ni temer. Su vida es demasiado insignificante, para que Dios se digne de pedirles cuenta de ella. Valdria lo mismo imaginarse, dice Chubb, que algun dia juzgará él á todos los animales³.

La existencia de Dios, pues, viene á ser el solo dogma, que formalmente admiten los dos últimos autores, de que acabo de hablar. Esta grande y sublime verdad, entre los escombros de todas las doctrinas religiosas, ha quedado en pie en medio de su entendimiento, como la columna

¹ *Chubb's posthumous works*, vol. I, pag. 312, 315.

² *Ibid.*, pag. 317, 318, 324, 326.

³ *Ibid.*, pag. 396, 400.